

VIOLENCIAS E INFANCIA. REFLEXIONES DESDE EL CONTACTO CON NIÑOS Y NIÑAS DE LA CALLE

Ricardo Fletes Corona

Introducción.

Parece que la infancia en América Latina crece a pesar de su contexto social adverso. De los 240 millones de pobres en esta región (CEPAL, 2002), casi el 50% son menores de 18 años. La pobreza es una forma de violencia pues suprime las condiciones básicas, a las que tienen derecho, para su sano desarrollo, millones de niños y niñas.

Por otro lado, la consulta infantil y juvenil 2003, realizada por el IFE (Instituto Federal Electoral) en el país, durante las elecciones intermedias del mismo año en 19.861 casillas infantiles en todo México, arrojó que tres de cada diez niños mexicanos de entre 6 y 9 años de edad, dijeron padecer algún tipo de violencia, entendida ésta como golpes, insultos y objeto de abuso, es decir, refirieron sentirse violentados (Público, 27/09/2003).

Es evidente que esta sensación de los niños tiene sus bases objetivas, es decir, situaciones concretas que padecen niños y niñas de todas las condiciones sociales y no tiene que ver apenas con la pobreza, sino con la forma en la que la sociedad entera concibe a los niños y niñas.

Todos los niños merecen, tienen derecho, a ser protegidos y puestos en las mejores condiciones, atenderlos es invertir en una mejor sociedad. Pero la realidad latinoamericana es que muchos niños no tienen lo esencial y hay grupos de niños cuyas condiciones de vida son las peores que pudiéramos imaginar: los niños y niñas de la calle. Se han creado programas gubernamentales y no gubernamentales específicos para atenderlos, pero algunas observaciones que he realizado (tanto en Rio de Janeiro, Brasil, como en Guadalajara, México), me permiten inferir que se trata de formas más sutiles de violencia, pues son intentos de imponer un modelo arbitrario de ser niño en nuestra sociedad. Se impone bajo un manto de caridad, de altruismo e inclusive bajo el discurso de justicia social, sin embargo, el fin parece ser el mismo: reintegrar o adaptar al niño a la sociedad. Así se resuelve el problema-niño pero no las condiciones que lo originaron, es decir, no la base social que conforma la génesis de su existencia. La visión centrada en el niño, como la propia causa de su condición de vida, se convierte en otras formas de violencia. A pesar de este panorama se vislumbran modelos de abordaje que reviertan las condiciones que empujan a niñas, niños y adolescentes hacia la vida en la calle.

Algunas experiencias que he podido observar, en São Martinho, en el equipo CIESPI, en Rio de Janeiro, y la escuela al aire libre de una ONG en Guadalajara (MAMÁ), me hacen sentir optimista, pues actúan en un plano más amplio que el individuo y la familia, actúan en un plano comunitario, preventivo. Pero, por si mismos estos programas son una evidencia que nuestros niños y adolescentes están creciendo en contextos de violencia y marginalidad. Debemos estar atentos para que los programas de atención no se conviertan

en una forma más de violencia, que por ser más sutil no deja de ser violenta. No podemos actuar con ingenuidad.

Uno de los agentes que contribuyen a imponer los modelos sociales dominantes a estos niños son los educadores de calle, contribuyen a la reproducción social¹. Aunque, lo más interesante, me parece, es describir cómo es que contribuyen a partir del análisis de las acciones concretas que realizan con estos niños y niñas. Antes de hablar de ellos directamente expondré un panorama muy general de lo que denomino espacio social de asistencia a niñas y niños de la calle.

La visión como espacio social

El espacio social de asistencia a niñas y niños de la calle está conformado por niñas, niños, educadores, por otros adultos que comparten y compiten por el mismo espacio, por programas e instituciones e todo corte y enfoque, pero también por las políticas sociales, asistenciales y económicas; por las leyes, decretos, reglamentos internacionales, nacionales, locales; por la historia y concepción social sobre la infancia desde todos los sectores sociales y de opinión, además por las legislaciones estatales, nacionales e internacionales, por los donadores de esos mismos planos. De manera que un cambio en alguno de esos elementos influye en alguna parte o el conjunto del espacio. El lugar físico, donde cobra vida este fenómeno (la calle, la plaza pública, etc.) es también parte de ese espacio social, es el escenario por excelencia, el lugar más importante a la hora del abordaje concreto a esa población.

Pero, la movilidad de los niños y niñas de la calle le imprime a este espacio una intensa dinámica que hace parecer artificial toda delimitación precisa, tanto por su dinámica interna como por efectos exteriores. Así, las fronteras del espacio son de tal elasticidad que pueden moverse desde las presidencias de la repúblicas o circunscribirse a una institución. También se puede ver como un espacio de flujo, por el que pasan los propios niños (en tanto les llega su “fecha de caducidad”: 18 años), educadores, personas de la realeza europea, políticos, voluntarios, traficantes, empresarios, policías, universitarios, investigadores. Aunque quienes parecen darle permanencia son las instituciones –las que permanecen- pero sobre todo los educadores que se mantienen estoicos en sus trabajos dando la cara a los niños.

La interacción entre niños y educadores presenta matices de cariño, de solidaridad, de bondad, de amor; pero también una relación problemática, a veces conflictiva, de reclamo airado hasta llegar a la agresión física; en otras ocasiones parece una relación meramente burocrática, por fría y apenas como dotadores de prestaciones, unos, y de recepción de beneficios, otros. Todo ello en constante movimiento, entre el arribo de nuevos niños a la calle y la ausencia de otros.

¹ Todo organismo tiende a buscar, por un lado, el auto equilibrio y, por el otro lado, el equilibrio con el medio, de manera que sea posible su sobrevivencia. La atención de estos niños y niñas podría verse como una búsqueda del equilibrio social, pero no lo considero así, puesto que las acciones de los programas que los atienden se dirigen a ellos y no a corregir el medio social que los produce.

Para tratar de entender un espacio con estas características he recurrido a Bourdieu; para éste el objeto de la ciencia social no es el individuo en cuanto tal, sino el campo (el análisis de las relaciones existentes en su interior); en este sentido la ciencia los construye como agentes y no como individuos biológicos, actores o sujetos; estos agentes son socialmente constituidos como activos y actuantes en el campo... más aun, es a través del conocimiento del campo donde ellos están inmersos que podemos captar mejor lo que define su singularidad, su originalidad, su punto de vista como posición (en un campo), a partir de la cual se conforma su visión particular del mundo y del mismo campo (Bourdieu, 1992:71).

En el caso de la asistencia dirigida a los niños y niñas de la calle, definirla como campo específico me parece aún forzar la realidad en ese ámbito, por eso prefiero llamarla espacio social. La cantidad de impactos e influencias que recibe por acciones realizadas fuera de su espacio llevan a sostener que está en movimiento constante y en redefinición, demasiado movedido como para delimitarlo de una vez. El núcleo de este espacio está dado por los agentes centrales, a saber, los niños, niñas y educadores, aún así ellos también se encuentran en constante movimiento dadas las múltiples influencias externas. Por lo tanto, el riesgo de crear un campo artificial es enorme y no caeré en esa tentación.

La acción de los educadores

La sociedad aún no comprende el papel del educador de calle como puente entre dos universos socioculturales que coexisten en el tiempo y el espacio; lo quiero destacar aquí, pues son ellos, dada su formación y habilidades, quienes tienen mayor posibilidades no apenas de entrar en contacto con el niño o niña de la calle, sino de establecer una relación de amistad y confianza, ofrecerle servicios y satisfactores a necesidades básicas. A la vez, tratará de convencerlo(a) para que se aleje de su vida en la calle presentando varias opciones, desde el regreso a su grupo familiar, hasta su ingreso en un albergue por un tiempo. A partir de las observaciones realizadas en calles e instituciones, puedo decir que el establecimiento de lazos de amistad, de confianza, o sea, una base afectiva entre educadores y niños, es clave para el contacto duradero entre ellos y, de esa forma lograr las pretendidas transformaciones.

Las educadoras y educadores, además de su conocimiento y preparación profesional, aprenden en la institución, en la calle y con otros educadores más experimentados, el lenguaje, la *giria*, el *caló* del niño de la calle, los lugares donde guarda y se abastece de drogas, qué drogas consume, cómo identificar algunos síntomas del uso de drogas, qué sitios de su ropa y cuerpo utiliza para introducir las a la institución, etc. Todo un aprendizaje para realizar mejor sus tareas en la calle así como en la institución en la que trabajan, con los niños, sorteando toda serie de peligros, dificultades, situaciones imprevistas y de emergencia.

Pareciera que, si surgen nuevas formas de escabullirse del orden social (y estos niños y niñas serían ejemplos de ello), entonces se diseñan nuevas formas para contenerla; en este caso los educadores son un instrumento especializado para bordar al niño y niña de la calle, nuevos agentes sociales que abordan a esta población, evidencia de las fallas del sistema social y que, además muestran la posibilidad de vivir fuera de ese orden subvirtiéndolo, aún con toda la carga estigmatizante e inclusive rechazando a los educadores que, en un caso

que presencié en Rio lo interpreto más como una estrategia de negociación frente a los educadores. Por ejemplo, un adolescente cuando estaba siendo invitado a ir a una institución dijo: “Nosotros nos arreglamos, no necesitamos de educadores” o en Guadalajara donde el rechazo a los educadores se debía (y se debe en buena medida) a los múltiples cambios que había en un programa estatal y que los educadores eran retirados de sus puntos de contacto con los niños casi de manera indiscriminada, rompiendo con ello la relación que se había establecido, en una ocasión escuché de un adolescente al ver venir a un educador: “no queremos DIF!, no queremos nada con el DIF!”, al mismo tiempo que hacía una cruz con los dedos (como para espantar los malos espíritus). En Rio, durante un contacto que tuve con un grupo de adolescentes, al introducir una pregunta – qué opinaban de la policía – sabía iba a desencadenar alguna reacción, la respuesta sobre los agentes más burdos de control social fue: “No necesitamos de la policía, estaríamos muy felices sin policía; tío ¿usted no cree que es un error pagarles a unos para que sólo den de palos a nosotros? Ellos son peores que nosotros, ellos roban, matan, golpean y reciben un pago, parece broma ¿no tío?”.

No está por demás insistir en que el educador tiene como tareas y objetivos explícitos trabajar a favor de los niños y que en no pocas ocasiones tienen que enfrentarse a la policía, guardias, privados, delincuentes y personas comunes que están a favor de una política rígida hacia los niños, expresiones como las siguientes lo revelan: “*son los futuros delincuentes*”, “*no tienen remedio*”, “*pivetes a palos y patadas*”, “*si uno de esos menores se muere es menos un ladrón que queda a robar*”, “*a ver cuando el viole a tu hija*”, son expresiones que se me han quedado grabadas, entre otras muchas escuchadas en los años pasados.

Pero el efecto de la acción de los educadores no se circunscribe a los niños y los adultos que los rodean; la institución para la cual trabajan obtienen prestigio (una forma de capital), ya que, por su cercanía con los niños, el conocimiento de su discurso y la efectividad de sus acciones contribuyen a que la institución donde trabajan produzca, a su vez, un discurso sobre los niños, con base en los resultados obtenidos, que tienen mucho de discurso legitimador, mediante el cual validan y disputan el prestigio, el capital simbólico que, por una especie de transmutación social les da mayor poder social legitimado, lo cual se traduce, en ocasiones, en mayores recursos económicos, en convenios con otras instituciones, en apoyos en especie, etc.² De ahí que la institución desde la que trabaja el educador, no es sólo su fuente de trabajo, sino una fuente de presión, pues tiene que atender a metas y objetivos trazados por ella, en ocasiones tiene que responder a cambios o demandas que parten de la institución más que de las necesidades de los niños, esto es un hecho en el mundo de las instituciones gubernamentales de Guadalajara, en las que he tenido oportunidad de observar, mientras que las ONGs que he observado en Rio y Guadalajara logran mantener por más largo tiempo sus líneas de trabajo, entonces, no es por acaso que tienen mejores resultados y mayor presencia entre los niños y niñas y, en general, en el mundo de la calle.

² A veces eso nos habla del hábil manejo de sus creadores y su red de relaciones, para convertirse en instituciones y reproducirse como ellas mismas, argumentando, siempre, el beneficio de los niños.

Los educadores son ampliamente conocidos por la gente que usa la calle cotidianamente. Esto imprime una dinámica particular al “estar en o ser de la calle”. Los niños y niñas podrán estar fuera de los espacios primarios de socialización (casa, escuela), pero nunca fuera de un espacio social, estos niños se forman en algún espacio y este se encuentra en la parte baja del universo social.

Varias precisiones se hacen necesarias. No se puede sostener que los niños permanezcan todo el tiempo en la calle, muy por el contrario, circulan entre los extremos de la calle, la casa, los abrigos o albergues. Su característica contemporánea, habida cuenta de las múltiples posibilidades institucionales de asistencia, es la de la movilidad. Niños y niñas saben usar muy bien lo que ellos perciben como bondades en las diversas instituciones, sea por la comida, el servicio médico, el agua caliente, la seguridad, etc. La calle es, ciertamente un punto de referencia importante, el espacio que ha conquistado relativamente, tal vez el espacio donde se sienten libres. Pero esta idea de libertad, evidentemente, significa algo diferente a la que cualquiera de nosotros puede referir. Así que la tal búsqueda de libertad, más bien es el lugar de evasión, la huída de la casa³.

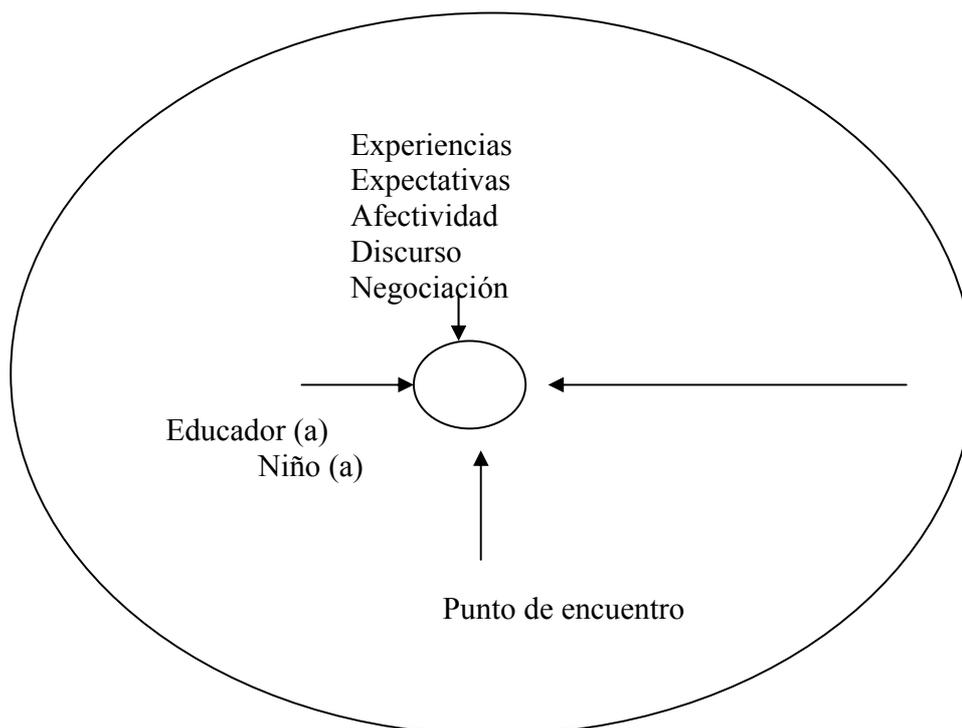
Decir que la calle es libre no tiene mucho sentido, no para quien conoce las limitaciones de vivir ahí, y tiene que disputar cotidianamente los espacios, pues no hay espacios libres. Más bien niños y niñas buscan los espacios intersticiales, escondites, rincones, *cantinhos*, donde se puede guarecer, donde puede ocultar su miedo, donde puede vivir una parte de realidad y de ilusión de que son poseedores de un espacio que ellos dominan, donde toman fuerza, donde consumen droga, donde sobreviven mientras mueren o mientras llegan a adultos; ahí tendrán que enfrentar otras situaciones.

A partir de las observaciones del contacto entre los educadores, niñas, niños y adolescentes, el siguiente gráfico expresa en buena medida el espacio de la relación entre uno y otro, así como los elementos básicos de la misma. Siendo determinante para la forma de interactuar el punto concreto de encuentro, es decir, el espacio donde se da el contacto. Cuando el educador logra trasladar al niño o niña de la calle a otro punto de encuentro, es decir, a la institución, consiguió uno de sus objetivos básicos, o sea, trasladar a un espacio donde introducirá cambios a la vida del niño o niña, otra serie de vivencias.

El círculo es apenas el marco social que delimita al educador y el niño o niña, mientras que el punto de encuentro pueden ser básicamente dos, la calle⁴ o la institución. En un primer momento al punto de encuentro es la calle. Ambos traen consigo experiencias, expectativas, afectividad, discurso y, al entrar en contacto, establecen una especie de negociación, que consiste en ofrecer servicios, apoyo, protección, amistad por parte del educador y, el niño o niña preguntar, resistirse, pedir, solicitar también apoyo y protección estableciendo, inicialmente, la menor cantidad de compromisos posibles, en caso de un primer contacto; en caso de haber un conocimiento previo entre niños y educadores, las negociaciones se

³ Como dijo un adolescente de Guadalajara “de que me pegue un cabrón que ni conozco a que me pegue mi jefe, prefiero cualquier cabrón, así tengo chance de revirarle unos chingadazos, ni modo de partirme la madre con quien me dio la vida ¿no cree?” (Notas de campo, diciembre 2000).

⁴ O un espacio público como plaza, jardín, etcétera.



dirigen a puntos concretos ⁵, como discutir si acepta participar, si se ofrece un servicio bajo qué condiciones, etc., tan complicado como la compra de un objeto material o negociación mercantil. Desde luego, se da una enorme variación de conductas, pero siguiendo un patrón, por ejemplo, casos en los que los niños (as) al ver a los educadores, se acercan a saludarlos, a pedir algún tipo de apoyo o servicio (médico o de enfermería, generalmente), ahí el educador acepta o, mejor dicho, inicia la negociación, que consistía invariablemente en poner las condiciones para el apoyo al niño o niña.

Cuando el punto de encuentro es la calle, el niño parece tener más ventajas en la negociación. Por el contrario, cuando el encuentro es en la institución, el educador aventaja en la negociación, independientemente si se trata de un programa gubernamental o no gubernamental. Esto se debe a que existe en la instituciones una organización de espacios y tiempos (una estructura de funcionamiento dada), el educador tiene un mayor control en y de ese espacio. En la calle, el niño puede romper más fácilmente el contacto, por ejemplo, desplazarse unos metros, utilizar su actividad o trabajo, pedirle a un transeúnte limosna o ofrecerle algo en venta.

En los cruceros, los semáforos marcan los tiempos de contacto y negociación y el niño los usa muy bien para negociar o romper el contacto. Como ejemplo inicial de negociación,

⁵ Hay ocasiones en donde aparentemente no hay negociación alguna, sino apenas un diálogo que tiene más tintes de amistad, sin embargo, los educadores saben muy bien cuán importante es esa relación aparentemente sin un fin específico.

expongo el caso de un adolescente, de Guadalajara, que le dolía una muela y le preguntó al educador si podía ir a la institución con el dentista. El educador respondió:

- *Si, ve a la institución a recibir tratamiento, pero tienes que llegar temprano y aprovechamos, además, para que el médico te haga una revisión completa.*
- *Está loco, mairo? Sólo quiero que me saque la pinche muela ya para que se me calme el dolor.*
- *Eso lo va a ver el dentista, pero tu no seas miedoso y aprovecha para que el médico te haga exámenes completos⁶.*
- *No, esos médicos luego luego quieren sacar sangre, no, mairo, yo estoy bien de todo, nada más quiero aliviarme de la muela, entonces ¿puedo ir o no? Pero nada más a ver mi muelita.*
- *Si, hombre, ve mañana temprano y allá (en la institución) platicamos.*

Pero la calle, como espacio abierto, requiere de un esfuerzo de aislamiento⁷, es decir, hacer “como si” nadie más estuviera en la calle para así poder centrar la atención entre los interlocutores en ese micro espacio de interacción. He identificado la siguiente secuencia:

Secuencia de interacción entre educador y niño(a)

- a) El niño o niña acepta el diálogo.
- b) Se mantiene el diálogo y el contacto con el educador, iniciando negociación.
- c) Acepta participar de alguna actividad con el educador, sea en el propio lugar o en un punto cercano.
- d) Acepto/recibe algún tipo de ayuda o apoyo por parte del educador, sea comida, servicio médico que, generalmente, implica asistir a la institución de la cual procede el educador.
- e) El niño o niña va a la institución.
- f) Participa de las actividades de la institución, lo lógico es que inicie de manera parcial y poco a poco se integre plenamente a las actividades cotidianas.
- g) Se envuelve en el proceso de trabajo institucional y es muy probable que pase a otra etapa de su trayectoria en la misma institución (a otra fase o albergue).
- h) Generalmente la institución favorece el contacto con familiares del niño o niña e intenta su regreso con ellas.
- i) Se mantiene en la institución preparándose en actividades que eventualmente le capacitarán para el trabajo. Se tiende a regularizar su situación escolar.

⁶ Parece existir una ley no escrita que todos los niños y niñas pasen por una examen para detectar la presencia del virus del sida (HIV). Esto me parece más marcado en Guadalajara, pero en Rio también existe esa preocupación.

⁷ Para niños (as) y educadores (as) esto es algo que sucede de manera automática, mientras que para mi significaba un esfuerzo mayor abstraerme de los distractores como personas atravesando por un lado o en medio de donde nos encontrábamos, la plática de otros niños, los ruidos de carros, la mirada y expresiones de la gente, el consumo de droga, el sonido de una sirena de ambulancia, etc. Al referirles este hecho a los educadores o no sabían qué decir, lo encontraban natural, o no eran conscientes de ello. Uno de ellos, en Guadalajara, me dijo “eso nadie te lo enseña, tu lo tienes que aprender en la calle”. Un educador de río expresó: “Ué, a gente dá um jeito para tudo, a gente tem que se virar, isso não se encina na Universidade do México não?”

- j) Sea por razones de edad, capacitación y de avance en el proceso institucional, se prepara su salida para la vida independiente (¿?).

Desde luego, la anterior sería una secuencia ideal, además, algunos incisos pueden desglosarse aún más. Por ejemplo, cuando el niño o la niña aceptan el diálogo ya hubo antes un contacto visual, inclusive una evaluación de parte del educador si es conveniente o no abordar al niño o bien, pudo haber tenido información de otros niños o de personas que indicaron el lugar o punto dónde encontrarlo. El hecho que el niño o niña esté drogado influye en el contacto con el educador, desde luego tiene que ver el grado de intoxicación; si tiene hambre, si se encuentra en grupo, solo o con determinada persona; si el educador llega solo o con otras personas, si hay una campaña para retirar a los callejeros de la calle. En fin, la posible variación de las condiciones al momento del contacto son enormes. El educador lo sabe y, en ocasiones, es sorprendido por el comportamiento de los niños, sus reacciones dependen, desde luego, del repertorio de experiencias previas, de su *jogo de cintura* e igual que los niños, su reacción varía si va solo o acompañado, etcétera.

Encuentros, en la calle y en las instituciones

Nos encontrábamos en la Plaza Floriano, que queda frente al Museo Nacional de Arte y el restaurante *Amarelinho* (en el centro de Rio de Janeiro). Sin previo aviso la educadora me dijo, mira ese niño es nuevo, no lo conozco y se dirigió hacia un niño que traía un pequeña caja con dulces y chicles. Ligué la grabadora para grabar el diálogo. La conversación entre el niño y la educadora fue la siguiente:

- *Hola hijo, soy X, educadora de São Martinho, no te había visto por aquí, eres nuevo por aquí ¿no? ¿de dónde eres?*
- *Yo soy de... [alguna ciudad del noroeste], estoy trabajando.*
- *¿Cuánto tiempo tienes aquí?*
- *Desde esta semana.*
- *¿Dónde estás viviendo?*
- *Aquí en un local cercano a la Estación Central.*
- *Tu no vienes solo verdad?*
- *No, vine con mi mamá y familiares, mis primos.*
- *¿Cuántos viven en el loca del que hablas?*
- *Somos nueve [en ese momento llegó el primo del niño].*
- *¿Qué quieren ellos, qué estás platicando con ellos? [dijo el primo].*
- *Nada, la tía es educadora.*
- *Calma, si soy educadora de São Martinho, ¿tú no conoces São Martinho? Si ustedes desean los puedo invitar para que conozcan, queda aquí en los Arcos de Lapa, muy cerca; si ustedes quieren vamos, ahí tenemos muchas actividades agradables. Pregunto al grupo de aquí de Cinelandia, ellos nos conocen. Tenemos una carpintería, clases de arte, pintura, videos que te ayudan a reflexionar; tenemos una cancha de fut bol, pero sobre todo tenemos apoyo y cariño para ustedes. Podemos ir ahora mismos ¿vamos?*

- *No tía –dijo el mayorcito- tenemos que trabajar* [el más chico vendía dulces, el mayor lustraba zapatos, traía su caja; mientras tanto, un niño que nos acompañaba, hurgaba en la caja del lustrador, hasta que la educadora le marcó el alto].
- *Está bien, yo se, siéntate y déjame platicarte de lo que puedes encontrar en São Martinho, más aún, si quieres vamos ahora a almorzar* [ambos niños cruzaron sus miradas, como que tenía hambre, pero creo que la desconfianza fue mayor].
- *No tía, nosotros tenemos que trabajar.*
- *Yo sé, hijo, pero ustedes tienen que comer, alimentarse para tener fuerzas para trabajar, entonces vamos para São Martinho, prepararemos un almuerzo para ustedes con cariño, pregunta aquí a los niños, ellos me conocen hace mucho tiempo, ellos te pueden hablar de mi* [si, la tía es muy buena si – dijo el niño que nos acompañaba], *de São Martinho. Pueden ir a São Martinho el día que ustedes quieran, lo que creo que es importante es que ustedes lo conozcan, si vayan para conocernos; nosotros podemos ayudar mucho a ustedes y darles un apoyo a ustedes y a su familia.*

Durante el contacto, en todo momento la educadora estuvo sonriendo, mirando directamente a la cara de los niños, tomando al más pequeño del hombro – es decir, estableciendo contacto físico – como una forma de lograr mayor confianza. Les ofreció apoyo a ellos y su familia, rápidamente ubicó su lugar de procedencia y lugar –aproximado- de vivienda actual. Al día siguiente los dos niños se presentaron a las puertas de la institución – a la hora del almuerzo – y preguntaron por la educadora, ella salió y los recibió efusivamente, los acompañó a almorzar, después los invitó a conocer las instalaciones del albergue o el centro socio educativo, como es conocido; los niños mantuvieron el contacto, días después volvieron y conversaron con las asistentes sociales, quienes me informaron que les consiguieron dinero para pagar el pasaje de ómnibus y regresaron a su ciudad origen, una ciudad del nordeste brasileño. Una de las asistentes me comentó que la mamá de estos niños quedó impresionada por la violencia que vio en la ciudad y que eso la animó para aceptar la ayuda para volver a su tierra⁸.

Si vemos este ejemplo a la luz de la trayectoria de contacto, se cubrieron los pasos *a* y *b* en ese momento, posteriormente, se siguió la secuencia en los pasos *c*, *d* y *e*; a partir de entonces, seguramente por las demandas o necesidades de los niños y su familia, fueron trasladados a la ciudad de donde vinieron. Esta es una de las variaciones que se pueden dar en el contacto con los niños, pero que depende de la capacidad de la institución para poder prestar ese tipo de servicio. Desde luego la intervención de la educadora fue clave para lograr el contacto, establecer la negociación y obtener los resultados referidos.

Por otro lado, esta acción institucional, posibilitada por la habilidad de la educadora puede verse como un mecanismo de “limpieza” de la ciudad, una forma de control de un problema social; pero, además de los hechos descritos y hasta donde pude saber, se trabajó sobre la familia a través de los niños y no se indagaron las causas de su venida a Rio, que no es difícil imaginar. La educadora, como agente social especializada en este tipo de labor, realizó muy bien su trabajo, detectó en los primeros días de su estancia en Rio a los niños

⁸ Grabación y notas de campo, correspondientes al mes de noviembre de 1999, Rio.

que permitieron, a su vez, realizar un contacto institucional y, con ello, regresar, al parecer, a su ciudad de origen.

En esta ocasión, una donadora de la institución llamó para decir que había un niño, pobrecito, que estaba durmiendo en la avenida, muy cerca de la puerta del edificio donde ella vivía, en Copacabana, ya había establecido contacto con el niño, el cuál no parecía vago, ni que se drogaba, a decir de la señora, a quien le había dado una cobija para que se cubriera por la noche; también le había dado comida, pero no dinero. Con esa información, el domicilio de la donante, algunos rasgos del niño y las indicaciones donde acostumbraba dormir, salimos de la institución un educador y yo para realizar el abordaje.

Llegamos directamente al domicilio de la persona que había reportado al niño, un edificio de apartamentos frente a la playa en la Avenida Atlántica de Copacabana. El educador habló por interfón con la señora, luego de haber sido comunicado por el portero del edificio. La señora no bajó, envió a su empleada doméstica para que hablara con el educador. La empleada dijo que la señora no se quería despedir (¿?) del niño pero que ella sabía dónde dormía y enseguida caminamos unos metros y nos señaló un lugar a un lado de un restaurante. El niño no se encontraba. En seguida el educador empezó a buscar, al preguntarle qué hacía me dijo: “ayúdame, estoy buscando alguna bolsa donde el niño tiene guardadas sus cosas”. En pocos instantes, el educador encontró entre unas macetas una cobija, una bolsa de plástico con unos tenis adentro, un short y una revista. “Esa es la cobija que la señora le dio al niño”, dijo la empleada. El educador estaba preguntando a la empleada algunas características del niño y desde cuándo lo había visto por ahí. La empleada estaba diciendo que era un niño *blanquito* y que no tenía más de una semana, en eso se acercó caminando rápidamente el tal niño, *es ese*, dijo la empleada y se dirigió al niño diciendo que nosotros éramos los señores que le íbamos a ayudar, que éramos los que su patrona ya le había platicado al niño, que éramos gente buena.

El niño se acercó y el educador se agachó para saludarlo y para hablar con él, el niño respondió el saludo a la vez miraba sus pertenencias, miró a la empleada y a mí. Era un niño más blanco que moreno, de ojos grandes color café claro, cabello medio ensortijado, delgado. Luego confirmó que tenía 12 años de edad y que se había venido en un camión de carga desde São Paulo por un problema que tuvo en su casa. El educador estuvo conversando con el niño poco tiempo y le insistía en que fuera a la institución, que lo iban a ayudar, aunque no escuché los argumentos por el ruido y la distancia. El niño recogió sus pertenencias y se dirigió a la empleada para pedirle que se comunicara con su *patrona*; fuimos de nuevo hasta la puerta del edificio; el portero comunicó al niño por el interfón. No escuché la conversación, pero el niño decía: “*tá, tá, sí*”. Luego se despidió de la empleada, ella le dio un beso en cada mejilla, luego el niño se acercó hacia nosotros y dirigiéndose al educador dijo: “*entonces vamos*”. O sea, el niño aceptó ir a la institución. Mientras nos dirigíamos a abordar el camión, el educador le dijo al niño mi nombre y que yo era mexicano, eso rompió el hielo hacia mí, pues hasta entonces sólo volteaba a verme. Dijo que me veía diferente⁹ con el bigote, preguntó dónde quedaba México, le respondí. En el camión se sentaron juntos el educador y el niño y fueron conversando hasta que descendimos para llegar a la institución. Una vez ahí, almorzamos los tres, lo acompañamos

⁹ La palabra que dijo fue: “enracado” (gracioso).

a conocer las instalaciones. Se persignó frente a un altar donde se encontraba una imagen del niño Dios, luego se puso a jugar *futbolito*. Al no verlo en los siguientes días pregunté al educador acerca del niño, dijo que lo había enviado a un albergue, mientras localizaban a sus familiares en São Paulo; es un niño muy bueno, muy sano, no tiene nada que hacer en la calle, qué bueno que lo pudimos rescatar – me dijo. Durante la siguiente semana el educador me preguntó si recordaba al niño de Copacabana, pues ya vino un familiar de él y se lo llevó, fue una situación muy emocionante, dijo.

Este otro ejemplo, analizado a la luz de la trayectoria o secuencia de contacto, nos muestra otra variación y un resultado deseado por el educador, y desde luego, esperado por la donante. Se dan rápidamente los pasos del *a* al *f*, se pasa al *h*. De nuevo la acción del educador, combinada con la donante y las características del niño, logran que se cumplan la función de la institución y el educador. Sin duda la donante continúa contribuyendo felizmente, pues no hay un niño en la calle que la entristezca.

En otro caso, acompañé a dos educadores a un recorrido que regularmente realizan por zona centro de la ciudad de Guadalajara. El cruce a donde llegamos es uno particularmente difícil, a decir de ellos, pues hay niños y adultos que están el cruce limpiando parabrisas de los vehículos. Es un cruce de avenidas que, a decir de la población de calle, es muy bueno porque hay muchos clientes¹⁰. Yo iba acompañando a los educadores para ver las actividades que realizaban. El objetivo de ellos era invitar a los niños y sus familiar a las festividades previas a la navidad, en las cuales habría convivencia, comida y juguetes. Los educadores llegaron primero a una fuente de agua en una de las esquinas del cruce que es donde se abastecen del líquido todos los que trabajan ahí, saludaron a algunos niños y adultos que ya conocían, estos respondieron y preguntaron que si yo era un nuevo mairo, no, dijeron los educadores, es un amigo que nos está acompañando. Saludaron a la mamá de algún niño y esposa de otro adulto que trabaja en ese cruce; tenía a una niña en una carreta. Ella es de las más antiguas trabajadoras (así se define ella) de ese cruce.

Educ: - Oiga señora los venimos a invitar a una posada navideña.

- “Ah pues no se si podemos ir, cuándo va a ser?”

Educ: - Para dentro de ocho días.

- “No pues déjeme consultarlo con mi viejo, oiga y ¿van a llevarnos en microbús o nos tenemos que ir por nuestra cuenta?”

Educ: - Todavía no sabemos, pero mañana venimos otra vez para avisarles.

- “Está bien, pero dígame a mi viejo si podemos ir, porque no podemos dejar el trabajo aquí así nomás.”

Educ: - Ahorita le vamos a decir a él, pero usted ayúdenos a decirle a las demás persona de aquí.

- “No mairos yo cómo voy a decirles ni que la posada fuera mía, ustedes meros tienen que invitarnos, pero todavía no saben si van a haber transporte, mejor

¹⁰ También es un punto de encuentro que es frecuentado por varias instituciones o programas, tanto gubernamentales como no gubernamentales. Es un punto donde inclusive hay familiares que se dedican a esta actividad de limpiar vidrios. Los educadores con los que iba pertenecían a un programa gubernamental.

primero vean eso y luego nos dicen, porque luego nada más nos alborotan y luego no nos cumplen.”

Educ: - *No señora cómo cree, es una posada que ya está programada y va a haber comida, juegos, regalos y muchas más cosas.*

En seguida ambos educadores se pasaron al camellón a mitad de una de las avenidas para avisarle al resto de los que estaban trabajando. En total conté 3 adultos y once menores de edad, entre niños y adolescentes, distribuidos en dos puntos del cruce, además de la señora con la que ya había hablado. Los educadores saludaron a todos, iban a decirles de la posada pero se puso la señal roja y todos salieron lavar cristales. Esperamos la luz verde y a que se juntaran de nuevo. En seguida dijeron los educadores:

Educ: - *los venimos a invitar a una posada para la próxima semana.*

- *“Eso está muy bien [dijo el esposo de la señora] y cuánto nos va a costar?”*

Educ: - *Ya sabe que nada, pero no nada más a usted, queremos que vayan todos.*

- *“¿Y nos van a dar de comer a todos o nos van a pagar lo que dejemos de ganar aquí?”*

Educ: - *Claro que va haber comida, juegos y regalos.*

Se puso la señal roja y niños y adultos corrieron a su labor. La discusión siguió ese tono, pero cada vez el adulto participaba menos dejando a los niños y adolescentes preguntar y hablar. No obstante a cada momento les decía “nada más tengan cuidado niños por ahí dicen que los del DIF andan robando niños”. Los niños y adolescentes se reían ante esa afirmación. Se ponía la luz roja y la mayoría se retiraba, observé que el adulto no limpió vidrios en varias ocasiones y fue a ver a su esposa para preguntarle algo, señalando hacia donde estaban los educadores; regresó y dijo: *“Oigan mairros, yo no voy a poder ir, no puedo dejar el trabajo, pero si nos mandan el minibús o la combi si le doy permiso a que mi mujer vaya, con todo y la niña para que le den unas ropitas a ella y algunos regalitos.”* Bueno, dijo uno de los educadores, todavía no nos dicen si van a haber transporte.

Al escuchar esto, tanto el adulto como los niños comenzaron a decir que no, que mandaran transporte para llevarlos si no, no irían. Los educadores dijeron que al día siguiente regresarían para avisarles si habría transporte o no; al repetir eso, algunos adolescentes abuchearon a los educadores, pero haciendo referencia a la institución “¿cómo que no va tener para llevarnos?, si tiene mucho dinero”. Prácticamente así terminó el encuentro. Los educadores se pasaron al lado de la calle donde está la fuente de agua, varios de los adolescentes los siguieron y aprovecharon para pedir algún tipo de servicio médico y a preguntar el lugar exacto y la hora de la posada. Un detalle que había olvidado decir los educadores.

Como vemos en este caso, el tiempo durante el cual se puede establecer contacto y negociación es manejado hábilmente por los adolescentes y adultos para romper el contacto. Además la experiencia de la población en este cruce con otros programas que los atienden les permiten negociar prácticamente cualquier propuesta de los educadores, no sólo de esta institución sino del resto. Siguiendo la secuencia de contacto, esta población infantil ya ha pasado por los puntos iniciales de la misma y se sitúa en el punto f, pero negociando la participación. En este caso la tarea de los educadores se dificulta, sin

embargo mantienen el contacto y ofrecen los servicios de que dispone la institución para la que trabajan. Los niños saben lo que puede pedir y negocian; los adultos también negocian y tratan de obtener lo más que pueden, como vimos, condicionan su participación en una festividad a ser transportados por parte de la institución. Se saben disputados por otras instituciones y eso les permite negociar. Posteriormente me dijeron que enviaron una combi para transportar a la señora y su niña, pero que fue insuficiente para transportar al resto de niños y adultos, pues entre ellos se había corrido la voz de la posada y más de veinte querían asistir. Fueron todos, en la combi y en ómnibus. Salieron de la fiesta con regalos y comida. Una fiesta para “niños de la calle y sus familias” anunciaron los periódicos del día siguiente, evidencia de que la institución trabaja por ellos; las condiciones de vida de los festejados no cambiaron en nada, sino apenas por un momento.

Un caso más. Bebero – el nombre es ficticio – era un joven de 16 años cuando lo conocí por vez primera, en Rio de Janeiro. Su color era moreno claro. Participaba en el curso de carpintería, a la vez, asistía al curso de fontanero; después supe que también había estado en el curso de electricidad. Se destacaba jugando fútbol. Estaba viviendo en un albergue de la institución y aunque estaba inscrito en la escuela básica, no asistía con regularidad; asistía al taller de imprenta que tiene la institución. Era muy puntual para llegar a la hora del almuerzo, jugaba un rato y luego se retiraba, en ocasiones lo veía durante la mañana jugando futbolito (*totó*). Pocas veces platiqué con él, en varias ocasiones que intenté abordarlo me respondía rápidamente y volvía a jugar o simplemente se iba a otro lugar. Participaba los viernes en las clases de un tipo de danza tradicional (*capoeira*). De pronto dejé de verlo por un tiempo. Luego supe que había conseguido un empleo, nadie me supo decir exactamente en que trabajaba, pero alguno de sus amigos me dijo que en una oficina en el centro de la ciudad.

Meses después lo vi jugando fútbol en la institución, luego de la hora del almuerzo. Una vez que terminó el juego se enjuagó con agua la cara, brazos y torso y fue hacia un grupo de niños que tenían sus pertenencias guardadas en una bolsa de plástico. Las tomó y se fue al baño a cambiar de ropa, al pasar frente a mí lo saludé y respondió al saludo, le dije que andaba desaparecido, “estoy trabajando”, dijo, ¿en dónde?, pregunté, “es un empleo de cartera *assinada*” (lo equivalente en México sería un empleo con contrato firmado), dijo eso y enseguida se retiró. Vestía ropas diferentes a como lo había visto meses antes. Traía un torsal dorado (tal vez bañado en oro) en el cuello, la camisa clara estaba abierta de tal forma que dejaba ver el torsal; traía un reloj metálico plateado, grande, con extensible de metal (al salir miró ostensiblemente hacia su aparato para ver que hora era, en realidad para mostrar su reloj); traía unos jeans azules y calzaba unos tenis Nike que parecían originales. Salió caminando contorneándose, varios de los niños que le habían cuidado sus pertenencias mientras jugaba se acercaron a él y lo acompañaron hasta la salida. Lo saludé a su nuevo paso frente a mí y me respondió al saludo con el gesto de la mano con el pulgar hacia arriba. Le dije que se veía bien, él me respondió algo así como ‘a gente que trabaja merece’ o ‘eu que trabalho mereço’ (el que trabaja lo merece). Lo volví a ver en un par de ocasiones y a pesar de que intenté platicar con él no accedió.

De acuerdo a lo que me dijeron los educadores, cuando pregunté por Beбето, tenía por lo menos tres años en la institución, lo habían rescatado de la calle y de las drogas, pero que la verdad no les había sido muy difícil apoyarlo, “él es de esos niños que si les das una

oportunidad, si les sirves como escalón de apoyo, ellos aprovechan muy bien y consiguen superar, él es uno de las muestras de que si trabajamos con ellos con paciencia y con cariño, se puede lograr su transformación; hasta ahora como tu mismo lo has visto, nada más tenemos que cuidar ahora que no pierda los pies del piso y que no vaya a caer en las drogas, pero él va muy bien”.

Este joven se sitúa en el apartado j de la secuencia, es decir, ya está en un punto que en poco tiempo tendrá que realizar su vida de manera autónoma al de la institución.

En una ocasión escuché a un educador que lo expuso como ejemplo, ante otros niños, de que podían llegar a ser como Bebito, pero solo si se capacitaban y luchaban para llegar a conseguir un empleo.

A pesar de las pocas observaciones (tal vez por eso mismo) que realicé sobre este joven, pude apreciar cómo rápidamente incorporó los elementos que él mismo compró para distinguirse del resto de sus colegas de institución, hasta en la forma de andar. Sin embargo mantiene los lazos institucionales y asistía con cierta regularidad a almorzar, a jugar. El uso de ropa, reloj, tenis, pero sobre todo el hecho de que estaba trabajando, era empleado por los educadores como una muestra del cómo deben ser o hasta dónde pueden llegar. Insistí en saber en qué trabajaba, el educador no sabía, pero me dijo que no importaba el trabajo, importaba que había conseguido un empleo con “*carteira assinada*” y que le estaba yendo bien en la vida. Era claro que este joven era mostrado por los educadores como una evidencia del éxito. El joven, me parece, expresaba muy bien la normalización introyectada, pues él mismo parecía sentirse bien y gustaba de mostrarse ante el resto con símbolos de su éxito. Nada menos que la acción estructurante de un agente.

Cierre

En ningún caso se atendieron las condiciones que originaron la salida de los niños a la calle, o su permanencia en ella. En el último caso, se logró conseguir un empleo para un joven ya en la etapa final de su permanencia en la institución, es de esperarse que eso mejore su condición de vida, pero podemos decir que las acciones se circunscriben a atender las necesidades inmediatas de estos niños.

Tal como sucede con la estructura social, el espacio social de asistencia a niñas y niños de la calle es altamente reproductivista, es decir, es un espacio desde el cual se contribuye a que la estructura mayor se mantenga y reproduzca; los agentes que la componen pueden tener – y tienen – un papel reproductor, aún en contra de su discurso o supuesta conciencia de que la causa de los niños de la calle se encuentra en “lo social”.

Los educadores de calle, visto así, son uno de los elementos que contribuyen a tal reproducción y sostengo que los mecanismos para que suceda son enmascarados (en el sentido de oculto, sutiles, escondidos) que muchas veces ni ellos saben a ciencia cierta el papel que juegan, el trabajo cotidiano con los niños los absorbe, las prácticas con los niños son, en general, reproductivistas.

Por otro lado, la asistencia social gubernamental, las ONGs, en su afán de atención de calidad, personalizada, tiende a individualizar la cuestión del niño de la calle, siendo que es un producto con enormes antecedentes históricos y gran determinismo social.

Existe la estigmatización hacia el niño de la calle y es asumida por éste, es decir, asume como tal la denominación que le es dada y, en ese sentido, contribuyen la institución y los propios educadores. Estos últimos, como el conjunto de la sociedad, como lo dijo Becker para la desviación social (1966:8) parecen olvidar un hecho central: es una creación social. Las acciones, como vimos, se dirigen a las consecuencias y no a las causas; de esta forma la violencia estructural se impone. Es por esa razón que sostengo que confirman o certifican la exclusión de estos niños y niñas, contribuyen a construir al niño de la calle. Desde luego que apoyan a todos los que pueden, pero el impacto de sus acciones parece poco anulado frente al enorme peso estructural, sin lograr, precisamente, modificaciones en ese nivel.

Bibliografía

BECKER, Howard S. *Outsiders. Studies in the sociology of deviance*. New York: The Free Press, 1966.

BOURDIEU, Pierre. *An invitation to reflexive sociology*. Chicago : University of Chicago Press, 1992.

RIZZINI, Irene; BARKER, Gary & CASSANIGA, Neide. *Crianca não é risco, é oportunidade. Fortalecendo as bases de apoio familiares e comunitárias para crianças e adolescentes*. Rio de Janeiro:CESPI/USU/Instituto Promundo, 2000.

PÚBLICO, 27 de septiembre de 2003. (periódico que se imprime en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México. Su circulación abarca varios estados del occidente del país).

www.cepal.org (consulta junio 2002).

